



# DONDE NACEN LAS PALABRAS

Tesoro poético-etimológico  
ilustrado

REDACCIÓN  
E INVESTIGACIÓN  
MARÍA LUISA SARRÍA

ESCRITO E ILUSTRADO POR  
**LizardoCarvajal**

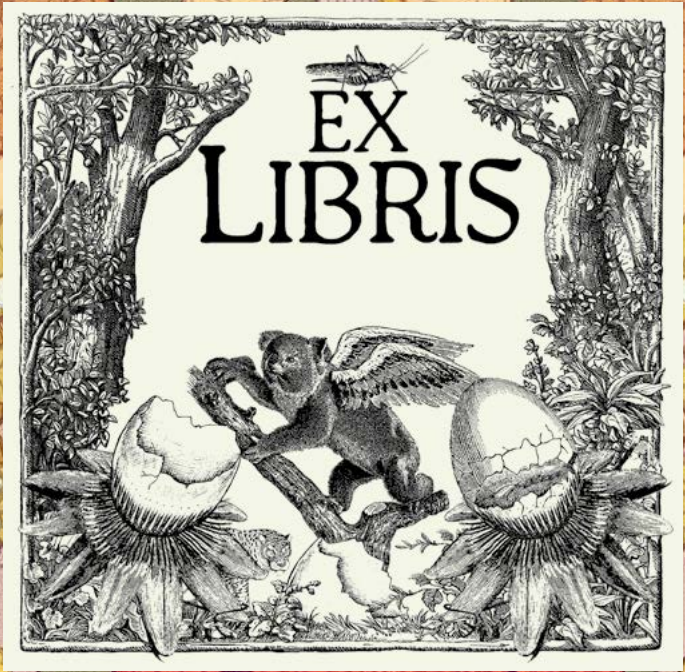


LuoBooks®











*Donde nacen las palabras, tesauro poético-etimológico ilustrado*

ISBN: 978-958-53023-9-6

Escrito e ilustrado por: Lizardo Carvajal

Investigación y redacción de etimologías: María Luisa Sarriá

Idea original: María Luisa Sarriá y Lizardo Carvajal

1a edición: abril de 2023, 1000 ejemplares

© 2023 LuaBooks S.A.S.

[www.luabooks.com](http://www.luabooks.com)

Bogotá D.C., Colombia

Dirección editorial: María Luisa Sarriá

Corrección de estilo: Rosa Adriana Buriticá

Diagramación y asistente editorial: Elizabeth Cuervo

Asistente de recorte: Lúa Purdy-Carvajal

Dirección administrativa: Julieta Montaña

Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio sin permiso del editor.

Impreso por Multi-impresos S.A.S.

Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*







# DONDE NACEN LAS PALABRAS

Tesoro poético-etimológico  
ilustrado

REDACCIÓN  
E INVESTIGACIÓN:  
MARÍA LUISA SARRIÁ

ESCRITO E ILUSTRADO POR

LizardoCarvajal



LuaBooks®



# LA INVENCIÓN DE LAS PALABRAS



ecién habíamos descendido de los árboles. En aquellos tiempos, cuando nuestras espaldas no se enderezaban por completo y las palabras no se habían

inventado aún, las niñas y los niños del mundo transitaban las noches en manadas: ojos grandes y redondos brillaban en la oscuridad, junto a las luciérnagas.<sup>1</sup>

En aquellas noches distantes, dos hermanitos contemplaban en silencio una colonia de hongos luminiscentes. La luz coloreaba de esmeralda sus melenas y sus rostros pintados de tierra. Curioso, el niño extendió su mano lentamente hacia la inquietante fluorescencia. Pero justo antes de alcanzar el resplandor, la niña susurró un sonido, hasta ese momento desconocido por todos, que salió de su boca junto a una pequeña nube de vapor.

Ningún antropólogo, ninguna lingüista han podido encontrar ese primer sonido vaporoso, esa primera palabra, tantas veces anhelada y buscada infructuosamente entre los vestigios de nuestra especie. Mas para efectos narrativos de esta historia, diremos

que aquello que dijo la pequeña niña fue algo así como... “*briff*”.<sup>2</sup>

Ya que el niño jamás había escuchado un sonido semejante, dio un brinco hacia atrás, asustado. Aquel sobresalto provocó en su hermana una carcajada que al comienzo molestó al pequeño. Pero, de repente, el niño cambió su ánimo y le respondió susurrando un poquito más fuerte: “*brif, braff*”. Entonces la niña detuvo su risotada (ella tampoco había escuchado algo así) y los dos se quedaron observando, perplejos, otras dos nubecitas que flotaban entre ellos.

Y hubo un silencio tal que los grillos por fin pudieron estrenar su canto, pero solo durante unos segundos, pues los dos hermanos comenzaron a sentir unas cosquillas que les hicieron reír una risa nerviosa, traviesa, maravillada. Enseguida la niña contestó: “*¡braf, brof!*” y el niño replicó: “*¡¡brof, bruf!!*”. Pronto notaron que, dichas con más fuerza y decisión, esas primeras palabras se convertían en pequeñas esferas azules, luminosas, que levitaban por un instante para luego caer súbitamente al suelo, por su propio peso, como semillas.





No tardaron en llegar otras niñas y otros niños que aprendieron el recién descubierto oficio de inventar la voz humana. Esa noche, jugaron a las palabras hasta que la aurora boreal los cobijó con su delicado manto, dejándolos tendidos sobre la pradera, que entonces parecía un mar colmado de noctilucas, repleto de semillas de luz.

A la mañana siguiente, los niños despertaron en medio de un bosque de pequeños árboles que les llegaban a la cintura. Todos parecían haber olvidado el asunto de las palabras, enmudecidos ante aquella selva de bonsáis. De repente, uno de los niños señaló a un arbolito al tiempo que dijo: “*deru*”,<sup>3</sup> y en ese mismo instante una de las ramas del árbol se extendió, ofreciéndole una nueva flor.

Ya podrás imaginar, a partir de ese hecho inesperado, a qué se dedicó la manada toda aquella mañana: por cada palabra nueva que era pronunciada brotaba otra rama florecida, y de esta manera, el pequeño bosque comenzó a hacerse más y más espeso. En medio del juego de las voces, una niña advirtió, con las escasas palabras que se habían inventado hasta ese

momento, que algo extraño pasaba dentro de las flores...

Entre los pistilos de los nuevos brotes crecieron unos pequeños huevos, como de codorniz (las palabras “pistilo”, “huevo” y “codorniz” fueron inventadas justo en aquel momento). Al acercarse notaron que los pequeños huevos empezaban a eclosionar. Los cascarones se resquebrajaban y hermosos seres emergían, algunos volando, otros saltando, flotando o reptando por entre las ramas, como si las palabras ahora fueran criaturas que gobernaban su propia vida. Para cuando llegaron los mayores, los árboles ya eran tan altos como los niños.

Temerosos de ese bosque jamás antes visto, los adultos hacían gestos a los niños para que salieran de allí, pero ellos tomaron de la mano a los adultos y les llevaron hasta los árboles para mostrarles su gran invento. Con algo de temor, las palabras comenzaron a ser pronunciadas por madres y abuelas, quienes eran las que mejor conocían el arte





de tejer. Así que no tardaron en unir las hebras de lana y pronto intuyeron que, tejidas, las palabras también podrían salvarlos del frío: “la palabra es abrigo, es refugio”, se dijeron. Después hasta los hombres hablaron. Cada familia rodeó un árbol y lo llenaron de palabras distintas a las de los otros árboles. Es por eso que, aunque brilla igual para todos, cada lengua del mundo llama al sol con un nombre diferente.

Más que pronunciada, cada palabra era parida; más que hechas de aire, las primeras palabras fueron hechas de luz.<sup>4</sup> Ese tan estrenado invento, los llenaba de placer, de goce estético. Disfrutaron de inventarlas tanto como de compartirlas. Y sus palabras comenzaron a ser cada vez más bellas: de los pájaros aprendieron que cada palabra podía tener una melodía propia, y el tránsito de las nubes por el cielo les enseñó que la palabra tenía tiempo. Altura y tiempo, los elementos esenciales de la música, ya estaban contenidos en esas primigenias voces. De aquella manera nació la palabra cantada.

Y así, embelesados, estuvieron un largo tiempo, hasta percatarse de que habían nombrado todo lo que tenían a su

alrededor, y que sin palabras nuevas sus árboles no podrían crecer más. Entonces decidieron emprender un viaje por el mundo en aquellos tiempos, cuando los tontos todavía no habían dibujado líneas en los mapas. Después de abrazarse a su árbol, salieron en todas las direcciones del planeta, cargados de sus bienes más queridos: eran escasos y modestos, pero sentían que con sus palabras nada les faltaría y las llevaban con cuidado, como quien guarda un tesoro. Y no importaba qué tan lejos estaban: cada vez que inventaban una palabra, su árbol crecía.

Los viajeros tardaron mucho entregando a cada cosa del mundo su nombre. Y aunque el bisonte ya era bisonte antes de ser nombrado, le fue entregada su palabra. Y al mar, que resonaba desde tiempos inmemoriales, le fue creada su palabra para serle nombrado, amado y recordado. A cada cosa que descubrían le fue creada una palabra, y con





cada nuevo bautizo, los árboles que habían sido sembrados por aquellos niños, crecían muy alto, más alto que la misma Torre de Babel. Y ningún dios castigó tal arrogancia, porque incluso los dioses fueron creados por el poder de la palabra humana.

Pero no solo inventaron palabras con el fin de nombrar cosas. También las crearon para hablar de sus amigos y enemigos sin decir sus nombres; palabras que le entregaban a cada cosa un don, un color, una forma; otras para hacer lo pequeño más pequeño, para hacer lo grande enorme; palabras para comparar; para enumerar, interrogar, exclamar y para decir a quién pertenece algo; palabras que le cambian el significado a otras; crearon palabras para unir palabras; y pala-

bras que hablaban de aquello que soñaban y los convocaban a la acción.

Así, cada vez más complejas, las palabras servían para advertir el peligro, ponerse de acuerdo en las labores y transmitir generosamente los saberes de



la piedra pulida, el ensayo y el error. Pero, también, las palabras servían para contar lo peligrosa que había sido la caza, o el fuego producido por el último rayo que azotó los pastizales secos. Y con la palabra apareció la mentira, la bella mentira, la que permitió cambiar los sucesos para emocionar: se inventaba así el oficio de la narrativa.

Pronto descubrieron que las palabras, además de narrar y de despertar emociones, servían para hablar de sus propios sentimientos. Descubrieron que, guardando un estado contemplativo, eran capaces de tejer palabras que hablaran de un universo hasta ese momento intangible, interno y profundo: descubrieron la poesía. Nunca la palabra voló tan alto, nunca el lenguaje humano conoció un estado más elevado que cuando descubrieron “el don de expresar con las palabras los más secretos movimientos del alma, de apoderarse de las cosas o de transfigurarlas a través de inesperados bautizos e infundirles con el mero soplo de la metáfora un sentido más vivaz o más profundo”.<sup>5</sup> Apareció así una nueva especie, poco o nada documentada por la ciencia: el *homo poeticus*.

La necesidad de conservar la palabra les preocupó tanto como la necesidad de preservar el fuego. Aunque la palabra persistía en sus memorias con gran éxito, gracias a ingeniosos artilugios: rimas, cantos, nudos, tejidos o hilos de colores, pensaron que sería una buena idea dibujarlas. Para cuando la escritura fue inventada, aquellos niños de las palabras primeras, yacían cobijados por capas y capas de otoños. No





dudo que sus ojos se habrían maravillado al ver que la palabra se había hecho arcilla, piel de cordero, corteza de árbol, unos y ceros.

Aquellos pueblos que se esparcieron por el mundo, cada tanto coincidían en encuentros casi siempre pacíficos, pero otras veces violentos. La codicia les hizo olvidar el poder conciliatorio del diálogo. Pero las palabras eran más sabias que los guerreros y se abrazaban a las palabras de sus enemigos, e incluso las adoptaban y acogían como hermanas en las ramas de sus árboles.

Esos árboles sembrados, posiblemente hace 60.000 generaciones atrás,<sup>6</sup> conforman el bosque más hermoso del mundo. En medio de esa floresta hay un árbol, el más grande de todos: los lingüistas lo

llaman familia de las lenguas indoeuropeas y a ese conjunto pertenece el idioma en el que has leído este texto.

Las voces de aquellos que se abrazaron



a ese árbol han llegado hasta el español de nuestros días, como un “beso que viene rodando, desde el principio del mundo, a mi boca por tus labios”.<sup>7</sup>

### Un venadillo con alas de mariposa

Ahora imagina que te encuentras con uno de esos seres fantásticos que brotaron de las flores, piensa en un venadillo con alas de mariposa, por ejemplo. De seguro que irías tras él (como Alicia fue detrás del conejo blanco) hasta llegar al árbol más grande que hayas visto en tu vida, más alto que una secoya: un árbol compuesto de muchos árboles. El venadillo comienza a volar hacia arriba y te invade un deseo irresistible de trepar por el árbol. Pronto te das cuenta de que está habitado por muchos otros seres fantásticos, y al pasar por las ramas, comienzas a escuchar voces misteriosas, antiguas palabras que no logras comprender. Avanzas por las ramas y poco a poco los sonidos empiezan a ser más familiares, hasta que solo en el ocaso del día, llegas a una rama en donde los seres que la habitan te hablan en tu mismo idioma.





El venadillo aparece de nuevo y se posa en tu mano junto con otro que, en vez de cuernos, está coronado de hongos. Pronto comprendes que aquellos seres-palabras son híbridos, binomios fantásticos<sup>8</sup>. La mariposa-venado te susurra al oído una palabra que nunca antes habías escuchado: “etimología”. Al ver tu rostro confundido, el rey de los hongos te da una pista fenomenal: “Del griego: *etymos*, verdadero, y *logos*, palabra”. Entonces deduces que las palabras están compuestas por otras, antiguas, y que sabiendo el sentido de sus fragmentos podrías inferir su significado. A estas partes, quienes estudian la lengua, les llaman lexemas, morfemas, prefijos y sufijos.

Presientes, y no te equivocas, que conociendo cómo se forman las palabras, podrías jugar a crear palabras nuevas, y sospechas que incluso podrías rastrear su historia: llegar al lugar de *donde nacen las palabras*.

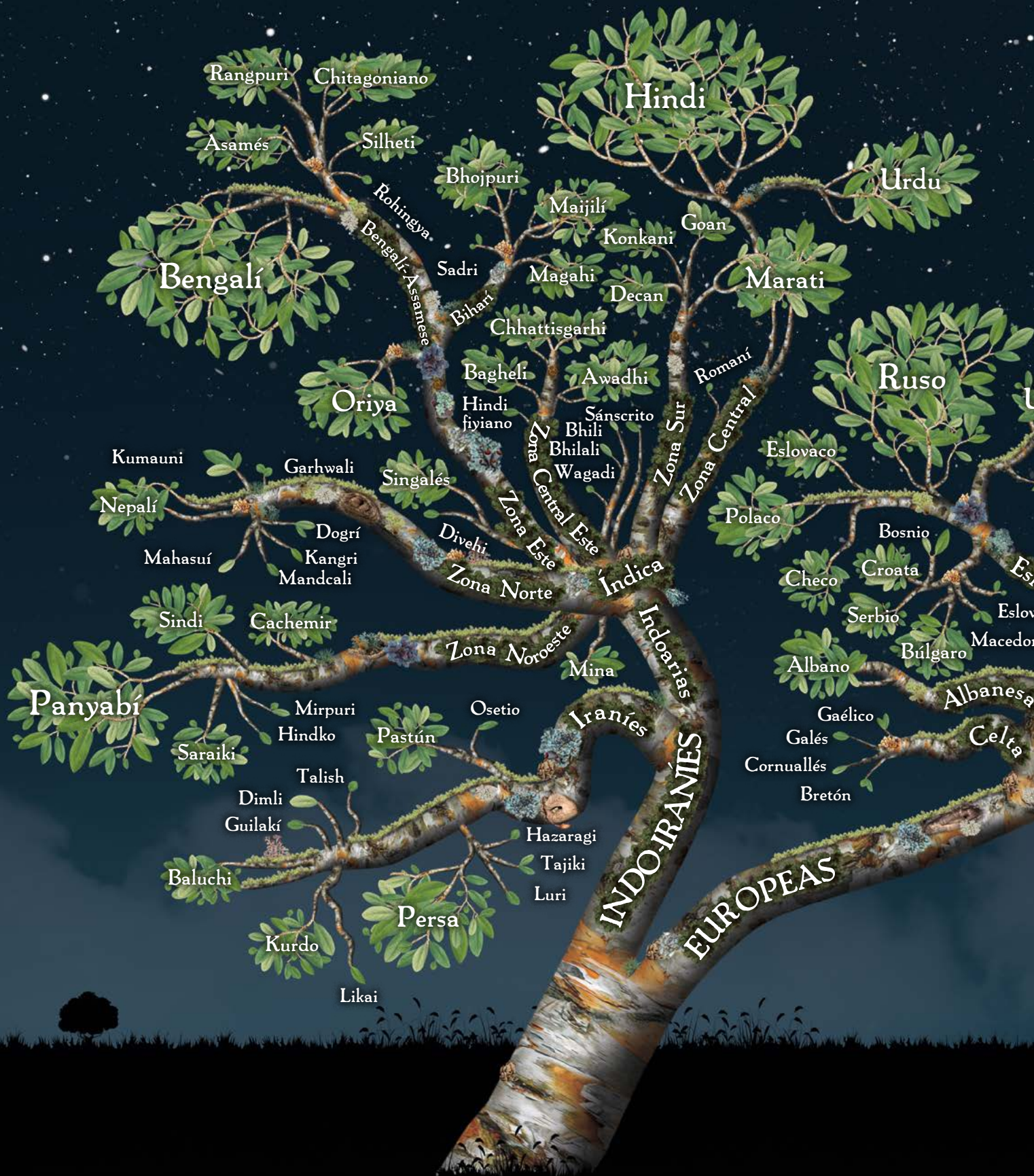


Te llenas de curiosidad, y comienzas a moverte por las ramas. Encuentras la palabra “recordar” y la mariposa-venado te dice: “Del latín: *re*, regresar, y *cordis*, corazón”. Te sorprendes, pues nunca habías pensado que, cuando recordamos, vuelven a pasar por el corazón los sucesos, las personas. Sientes como si esas palabras estuvieran revelándote un sentido preciso-precioso, que te acerca a un significado más profundo, es decir, más poético.

A través de las páginas de este libro árbol, podrás descubrir la poesía que subyace en 100 palabras maravillosas. Por esa razón, hemos denominado a este libro como un tesoro poético-etimológico, pues la palabra tesoro, que quiere decir catálogo, proviene del latín *thesaurus*, que significa tesoro. Por eso, porque las palabras son tesoros, ponemos este libro en tus manos, como quien entrega lo más bello que los seres humanos hemos cultivado, para que la luz de la palabra jamás se apague.

1. Lizardo Carvajal, *Pulgarcita* en *El teatro de sombras del sr. Andersen*, LuaBooks, 2019.
2. Gianni Rodari, *Brif, bruf, braf* en *Cuentos por teléfono*, Avance editorial, 1979.
3. \*Deru- (firme) es una raíz indoeuropea de la que derivan palabras como duro, duradero, druida y en inglés *true* (verdadero) o *tree* (árbol).
4. Chico Buarque, *Uma palavra*, 1989.
5. Jorge Zalamea, *Poesía ignorada y olvidada*, Casa de las Américas, 1965.
6. Dan Everett, *How language began*, TEDx, 2017.
7. Miguel Hernández, *La boca en Cancionero y romancero de ausencias*, Lautaro, 1958.
8. Gianni Rodari, *Gramática de la Fantasía*, Avance editorial, 1979.













## ABISMO

*a-bussós*

Del francés antiguo *abisme* y este del pref. griego *a-* [ã-] (sin) y el sust. *bussós* [βυσσό] (fondo).

1. m. Vertiginosa caída desde un acantilado, violento golpe de mar, lento descenso hacia lo insondable...
2. m. Sentimiento que no definiré: honda tristeza, precipicio que nos separa.

Nacieron de las mismas raíces: *abyss* (inglés), *abisso* (italiano) y *abismo* (portugués).

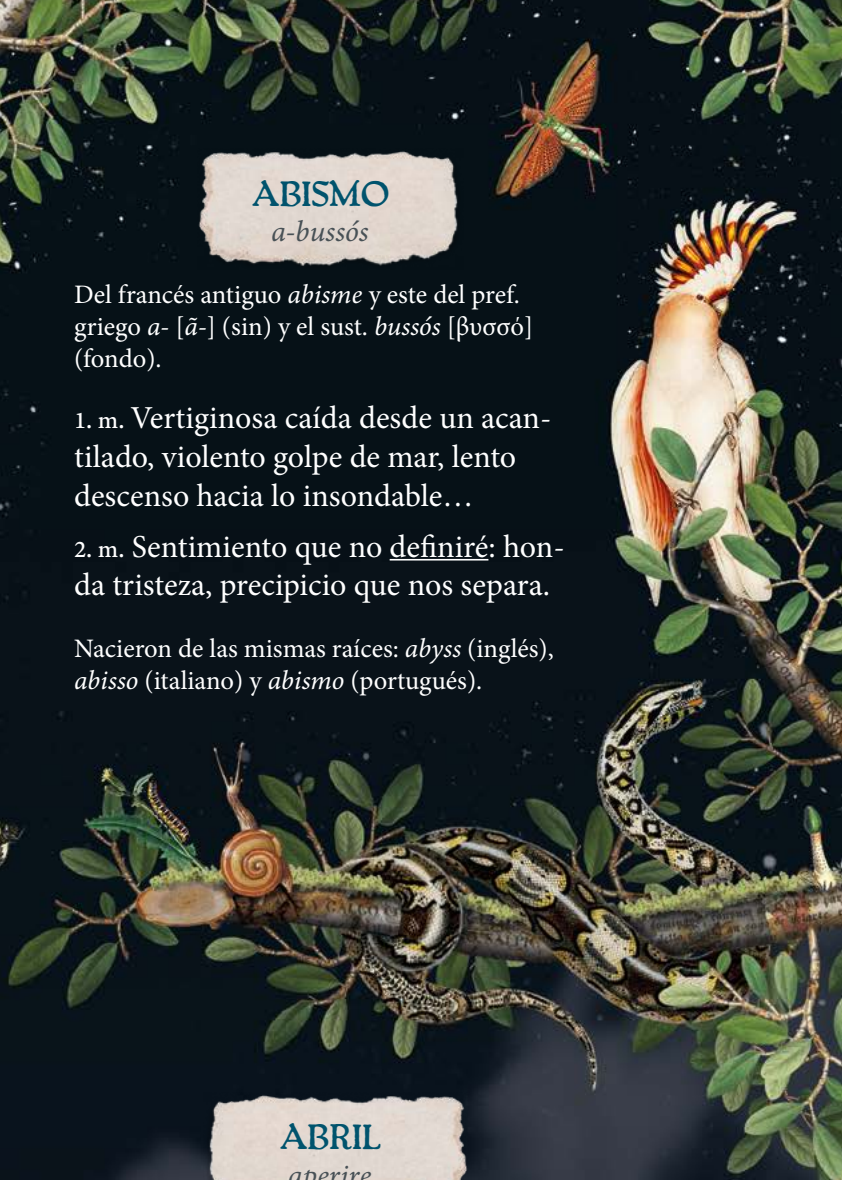
## ABONAR

*ad-bonum*

Del pref. latino *ad-* (hacia) y el sust. *bonum* (bueno).

1. tr. Acción bondadosa de alimentar la semilla, semilla que se vuelve plántula, plántula que se convierte en árbol, árbol que se transforma en guitarra.
2. tr. Arte de entregar a la vida lo mejor, cuidar, esperar, recibir, agradecer.

También son buenas: bono, bonanza.



## ABRIL

*aperire*

Del verb. latino *aperire* (abrir).

1. m. Puerta que se abre al jardín de las flores, días después del equinoccio de primavera, en el hemisferio norte.
2. m. Dícese del conjunto de lluvias responsables de la eclosión del color.

Otras palabras abiertas: aperitivo, apertura.







## ACOMPASAR

*ad-cum-passus-are*

De los prefs. latinos *ad-* (hacia) y *cum-* (junto), el sust. *passus* (pasos) y el suf. *-are* (acción de).

1. tr. Acto amoroso por el que dos caminantes sincronizan sus pasos, o pasos que sincronizan a dos caminantes en un amoroso acto.
2. tr. Misteriosa concomitancia de tus pasos con los míos cuando andamos, cuando juntos aramos la tierra, cuando nuestros pies se convierten en camino.

Igualmente dan pasos: pasaje, pasarela, paseo, pasado, compás.



## ACUERDO

*ad-cordis*

Del pref. latino *ad-* (proximidad) y el sust. *cordis* (corazón).

1. m. Tipo de acompañamiento en el que los corazones de dos o varias personas laten al unísono, al mismo tiempo, a la vez.
2. m. Convergencia de corazones, solución esperada, nuevo punto de partida.

También tienen corazón: recordar, discordar, cordura, cordial y coraje.

## ADMIRAR

*ad-mirari*

Del pref. latino *ad-* (a, hacia) y el verb. *mirari* (maravillarse al mirar).

1. tr. Acción por la cual a nuestro cerebro ingresa la maravilla por la pupila.
2. tr. Forma especial del asombro, no solo de quien tiene buen ojo, si no de quien posee una mirada sensible.

Palabras para mirar con sorpresa: milagro, mirífico, maravilla.

## ADVERSARIO, RIA

*ad-versare-arius*

Del pref. latino *ad-* (hacia), el verb. *versare* (girar) y el suf. *-arius* (quien hace).

1. m. y f. Quien tira la cuerda del lado opuesto.
2. m. y f. Caballo blanco y caballo negro del noble juego.

Giran también: advertir, tergiversar, controversia, verso, converger, reversible.





## AMBROSÍA

*a-vrotos*

Del pref. griego *a-* [ã-] (sin) y el adj. *vrotos* [βροτός] (mortal).

1. f. Mit. Escaso alimento que, consumido o ungido, te podría hacer vivir más que una almeja de Islandia, millones de años o hacerte inmortal, a menos que te pulverice un rayo como al pobre de Ixión.

Vienen de la misma raíz: *ambrosia* (inglés), *ambrosie* (francés), *ambrozja* (polaco).

## ALUMNO, NA

*alere-umnus*

Del verb. latino *alere* (alimentar) y el suf. *-umnus* (que está siendo).

1. m. f. Ave curiosa que, agradecida, se nutre las palabras ofrecidas por un generoso árbol.

2. m. f. Dícese del discípulo que es alimentado por un maestro o del maestro que es alimentado por su discípulo.

Fueron o son alimentados: adulto, adolescente.

## AMISTAD

*amare-icus-tat*

Del sust. latino *amare* (amor), y los sufs. *-icus* (relativo a) y *-tat* (cualidad de ser).

1. f. Forma del amor entre personas o entre personas y animales, que se basa en el deseo desinteresado de jugar, y que es eterna mientras dura.

2. f. Foto Polaroid con fecha y ciudad marcadas.

Otras palabras relativas al amor: amable, ama, enemigo.



## ANCESTRO, A

*ante-cessum*

Del francés antiguo *ancestre* y este del pref. latino *ante-* (antes) y el verb. *cessum* (caminar, marcharse).

1. m. y f. Tal vez lo que serás, en el futuro, como ahora lo son los antiguos viajeros que te habitan.
2. m. y f. Huellas de quienes caminaron mucho antes: antes de ti, antes de tus padres, antes de tus abuelos.

Otras palabras que marchan: ceder, acceso, procesión, antecedente, interceder, conceder.



## ANIMAL

*animalis*

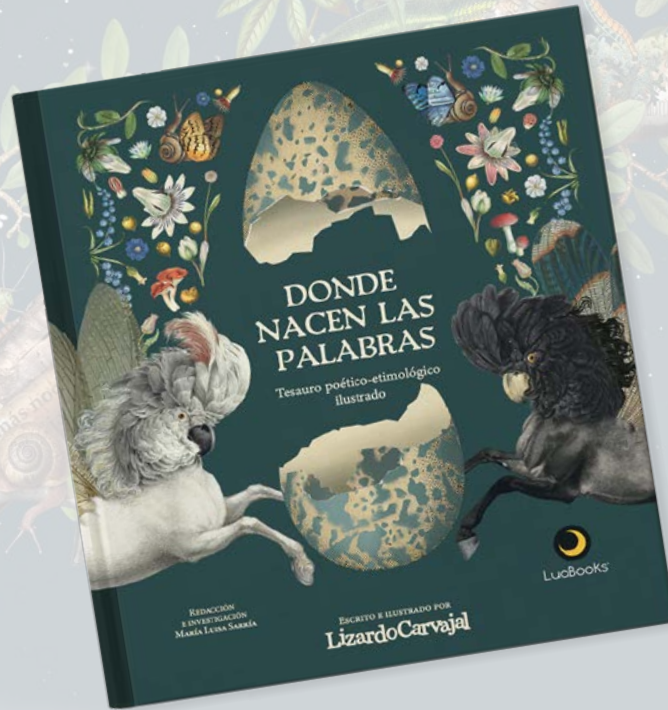
Del sust. latino *anima* (alma) que a su vez tiene origen en la raíz indoeuropea *\*an(ə)-* (respirar).

1. m. Maravillosos seres, hermanos mayores que viajan con nosotros en esta cápsula espacial.

Más palabras que respiran: ánima, alma, alimaña, animar, animado.







Luabooks 

¿Te gustó esta muestra?

COMPRAR